

JESÚS DE LA PASIÓN

OBRA MARAVILLOSA

DE MARTÍNEZ MONTAÑÉS

POR EL M. I. SR. DR. D. JOSÉ SEBASTIÁN Y BANDARÁN, PBRO.

CAPELLÁN REAL HISPALENSE.

«Dico ego opera mea Regi».

Salmo XLIV. v. 2.º

Hemos de comenzar esta conferencia, diremos mejor, esta meditación, con las mismas palabras con que el Salmista iniciaba una de sus más inspiradas composiciones: «Cántico en alabanza del Amado»; y de tal manera sentía encendérsele el pecho en vivas llamas y convertírsele en hoguera, porque se le proporcionaba ocasión de dar rienda suelta a los afectos de su alma, que escribía: «Hirviendo está el pecho en sublimes pensamientos; brotan de mi corazón dulces palabras; yo consagro mis cánticos a mi Señor»; «Dico ego opera mea Regi».

Y movido por esta pasión amorosa, proseguía: «Mi lengua como pluma de amanuense que escribe velozmente... ¡Oh Tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres! ¡La gracia toda ha sido derramada en tus labios...!»

Con estos mismos afectos daremos comienzo a esta meditación, brotando de lo más íntimo de nuestro corazón todas sus palabras y dedicándola a Jesús de la Pasión, nuestro Señor y nuestro Rey; ¡a Él sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos!

No entraba en el proyecto de homenaje a Martínez Montañés el acto que celebramos, ni fué siquiera anunciado en el programa; mas pronto echóse de ver que resultaría incompleto el tributo rendido al insigne Maestro, si no se dedicaba una especialísima alabanza a la que es su obra maestra, Jesús de la Pasión; y por expresa voluntad de nuestro Presidente, fervoroso devoto de esta sublime Imagen, nos congregamos en tan crecido número bajo las amplias bóvedas de este magno templo, habiéndonos impuesto la dulce tarea de dirigiros la palabra en esta tarde.

En el general concierto de elogios a la labor montañesina, llevado al cabo por los doctos maestros y críticos de arte Sres. Sánchez Pineda, Muro Orejón, Paradas Agüera, Hernández Díaz, Martínez Martín, Marqués de San José de Serra y Lafita Díaz, nuestros queridos compañeros de Academia, y sobre todo por el Sr. D. Antonio Gallego y Burín, cultísimo catedrático en la Universidad granadina, ninguno con menos títulos que el que os habla para realizar tan alta empresa; incompetente somos, en verdad, para pretender ilustrar a tan escogido auditorio; sólo militan en nuestro favor, y excusarán nuestra osadía, la obediencia debida al Presidente y el vehemente amor y rendida devoción de nuestra alma a Jesús de la Pasión, Señor y Rey nuestro.

Ha querido la Pontificia y Real Hermandad de Nazarenos de Jesús de la Pasión galardonar este nuestro tierno amor a la Santa Imagen, concediéndonos el preciadísimo cargo de Camarero de la que es joya y tesoro de la Cofradía y la más excelente obra de la inspiración cristiana, Jesús de la Pasión, poniéndola en nuestras manos para que ellas ministren y sirvan a tan Soberano Señor; una vez más, daremos rendidísimas gracias a la Hermandad por distinción tan señalada; Iningún título, después del de Ministro del Señor, nos honra tanto como este de Camarero de la más tierna y bellísima imagen de Jesucristo que existe en la tierra!

Otras manos, también ungidas, porque simbólicamente lo están también las de los Príncipes y Reyes, han compartido con las nuestras la honrosa tarea de ministrar a Jesús de la Pasión; frescos están en la memoria de todos los cofrades los altos ejemplos de la tierna devoción y vivo amor de aquel esclarecido Príncipe D. Carlos de Borbón y Orleans a esta Soberana Imagen; edificada la Hermandad, concediéndole, haciendo señaladísima excepción, que sus manos de Príncipe con las sacerdotales nuestras sirviesen, unidas, a la incomparable efigie del Nazareno.

¡Bien aprendió el joven Príncipe las lecciones de tan alto Maestro! ¡Jesús de la Pasión lo enseñó a abrazarse amorosa y dulcemente con la pesada cruz del sacrificio y del heroico cumplimiento del deber! Cuando le llegó la hora difícil de testimoniar su vivo amor a Dios y su vehemente entusiasmo por la honra de su Patria, no vaciló un punto en volver del destierro y en tomar las armas por estos dos altísimos ideales, derramando por ellos su nobilísima sangre y entregando con generosidad su vida; así supo el dulce Príncipe poner en práctica las lecciones aprendidas al servir a Jesús de la Pasión, que regaladamente se abraza con la Cruz y la estrecha contra su Corazón!

I

Perfección artística

de la Imagen

Hora es ya de tejer el elogio de tan hermosa Imagen; pero ello nos obliga a señalar, siquiera sea de paso, la causa de su existencia, esto es, a decir unas palabras de nuestras Cofradías de penitencia, honra de nuestra Patria y preciadísimo blasón de nuestra Sevilla.

Se admite hoy por todos que en los primeros años de la décimasexta centuria vinieron de Valladolid a nuestra Ciudad unos hombres piadosos, que fundaron aquí una devota Congregación cuyo fin era meditar en los acerbos dolores y en el amor generosísimo mostrado por Jesús en su Pasión; congregábanse para sus piadosos ejercicios todos los meses, y en la Semana Mayor salían en severa procesión de disciplina por las calles sevillanas, dirigiéndose a algún templo en el que hacían estación, edificando con su penitencia y piedad a todos, siendo origen de otras Cofradías que muy pronto tomaron carta de naturaleza en nuestra Ciudad.

La época de la formación de las Cofradías sevillanas es precisamente la del florecimiento de los gloriosos Gremios; unidas estrechamente marcharon ambas instituciones, que mutuamente se vivificaban; los Gremios recibían de las Cofradías el espíritu piadoso que los animaba, mientras que éstas crecían en esplendor y magnificencia al amparo de los agremiados.

No es posible, en esta tarde, detenernos en el elogio cumplido de aquellos memorabilísimos Gremios, que tanto contribuyeron al engrandecimiento de nuestra Patria, al apogeo de nuestro glorioso Imperio; basten estas cortas frases de alabanza: agrupábanse en ellos, con sabias ordenanzas para su régimen, los que profesaban un mismo arte u oficio; de entre ellos mismos eran elegidos cada año los rectores del gremio, que por ser peritos en el mismo, sabían bien ordenar lo más conveniente para su florecimiento y para el bienestar de los agremiados, entre los que se estrechaban lazos de fuerte compañerismo y de santa fraternidad cristiana; además en los Gremios se practicaba la virtud de la caridad, ya que todos ellos tenían su caja de socorro para los necesitados y su casa-hospital para los asociados enfermos; y como nacido al calor y bajo la protección de la Santa Iglesia, todos los Gremios tenían por Patrono algún Misterio o advocación de Nuestro

Señor, de la Virgen o algún Santo, y se congregaban para la práctica de la piedad, originándose de aquí la multiplicación de las Cofradías de penitencia y Hermandades de gloria.

Basta, en efecto, recordar de pasada la gloriosa historia de nuestras Cofradías para ver como la mayor parte debieron a los Gremios su existencia; así los medidores de la Alhóndiga se congregaron en la de la Sagrada Entrada en Jerusalén; en la del Despedimiento de Nuestro Señor Jesucristo, los vendedores de pescado; los patronos de barcos en la de la Sagrada Oración en el Huerto; los panaderos en la del Prendimiento del Señor; los estudiantes de la Universidad se agruparon en la del Santísimo Cristo de Burgos; los cereros en la Coronación de Espinas; los cocheros de la nobleza en la de las Tres Caídas, de San Isidoro; los lenceros oriundos de Cataluña, en la de Monserrat; juntáronse los toneleros en la del Santísimo Cristo de la Salud, de la Carretería; los curtidores en la del Cristo del Buen Fin; los calafates en la extinguida del Santo Ecce Homo; los que hacían la carrera de Indias en la de Nuestra Señora de la Estrella; los marineros en las Tres Caídas, de Triana; los Magistrados de la Audiencia en esta de Pasión, y en fin, hasta la nobleza, maestrantes y títulos, en la Soledad, de San Lorenzo.

Otros Gremios se juntaron en devotas Hermandades o Congregaciones de gloria, de las que aún subsiste alguna entre nosotros, como la de los Carpinteros, en su preciosa Capilla propia, declarada Monumento Nacional, dedicada a su Patrono el bendito Patriarca San José; tel día en que se escriba documentalmente la historia de nuestros gloriosos Gremios, se habrá publicado una de las más aleccionadoras e interesantes páginas de la vida social y religiosa de nuestra Nación en siglos de verdadera grandeza, en los que, al amparo de la Iglesia, crecían y se desarrollaban florecientes los oficios y las artes todas, sin que se originasen huelgas, perturbaciones ni conflictos, ya que todos los menestrales recibían en

sus Hermandades y Cofradías robusta vida espiritual que los constituía en cristianos prácticos y al par en excelentes patriotas!

Una de estas Hermandades o Cofradías, de penitencia, dedicada a meditar en la Pasión de Nuestro Señor, quizás la primera de todas, instituida en el Convento Casa Grande de religiosos Mercedarios, aprobada su regla en 1531 y de la que antes hablábamos, es la que buscó al mejor de los imagineros que residían en nuestra Ciudad en los años primeros del siglo XVII, a Juan Martínez Montañés, para que labrase la imagen del Señor titular de la Cofradía.

¡Bien orientados estaban aquellos Gremios y Hermandades, de los siglos XVI y XVIII! Se afanaban por poseer estas excelentes, devotísimas Imágenes, preciosos tesoros hoy de nuestra piedad y nuestro arte, que conservamos como joyas riquísimas en nuestra Sevilla, y que excitan la admiración y hasta la envidia del mundo entero; en ellas nos legaron nuestros antepasados inapreciable herencia que, por desgracia, no siempre hemos sabido conservar.

Hora es esta de lamentar con sentimiento de sacerdote y de aficionado a las bellas artes, la manía reformatoria que ha invadido a nuestras Cofradías sevillanas; muchas de nuestras antiguas imágenes, gran parte de nuestros grupos de misterios, han sido en estos últimos años sustituidos por otros modernos, que tendrán, si se quiere, belleza estética, pero que les falta lo que abundaba en los desaparecidos: el espíritu de piedad que pusieron en ellos los artistas de pasadas centurias que los labraron, y del que carecen, en su mayoría, las modernas efigies, que ni producen, como aquéllas, honda emoción en los que las contemplan, ni mueven los espíritus a sentimientos de devoción y penitencia.

¡Gravísimo daño a la piedad y al arte cristiano infieren los Cabildos y Juntas de las Cofradías con tan injustificadas innovaciones, que si no se refrenan, concluirán por quitar a

nuestras Hermandades aquel sello inconfundible de devoción y de belleza artística que ha llevado la fama de ellas por todo el orbe!

¡Aun aquí puede verse, arteramente oculta y disimulada, la mano del judaísmo marxista, que pretende acabar con el arte cristiano, que tanto influye en la piedad de los espíritus! ¡Faltos de inspiración cristiana muchos artistas modernos, sólo saben tallar imágenes profanas, que no excitan la devoción, ante las que no se puede rezar! ¡Vuelva otra vez el arte a beber en la fuente sublime de la piedad cristiana y producirá, como antaño, obras excelentísimas!

En el año 1623, recibió, según todas las probabilidades, Martínez Montañés el encargo de labrar esta imagen para la Cofradía de la Pasión; contaba entonces el Maestro cincuenta y cinco años de edad y estaba en el apogeo de su fama; diecisiete años antes, en 1606, había terminado para el oratorio doméstico del Arcediano de Carmona D. Mateo Vázquez de Leca el devotísimo y perfecto crucifijo, llamado Cristo de la Clemencia, que elevó sobremanera el renombre de su autor, preparándolo para realizar su obra cumbre, este inspiradísimo Nazareno, Jesús de la Pasión, cuya soberana hermosura nunca nos cansa admirar, y que arranca de todos los corazones hondos sentimientos de compasión y de ternura.

No existe testimonio escrito directo que pruebe ser obra de Montañés tan genial escultura, como lo sería el contrato o concierto celebrado ante notario público, entre el Artífice y la Cofradía; o la carta de pago y finiquito, una vez terminadas las obligaciones por ambas partes; al menos, aún no ha sido hallado por los diligentes investigadores de nuestro Archivo de Protocolos; pudo muy bien hacerse el convenio entre la Cofradía y el Artista mediante cédula privada, la cual no estando protocolizada, es casi imposible el encontrarla; o fué quizás destruida al cumplirse el convenio; pero si no directo, tenemos valiosísimo testimonio indirecto: es el entusiasta elo-

gio de la Imagen, escrito por el religioso mercedario del Convento sevillano Fray Juan Guerrero, coetáneo de Montañés, ya que desde 1615 vestía el hábito de los redentores de cautivos, y la escultura se fecha en 1623; las frases de alabanza del religioso, publicadas por nuestro compañero el Sr. Hernández Díaz, son éstas, respetando su composición y ortografía:

«La imagen del Santo Cristo de la Pasión... es admiración el ser en un madero, aver esculpido obra tan semejante al natural, no encarezco, ni podré lo prodigioso de esta hechura, porque cualquier encarecimiento será sin duda muy corto, solo baste decir es obra de aquel insigne maestro Juan Martínez Montañés, asombro de los siglos presentes y admiración de los por venir, como lo declaran las obras que hoy se hallan de su mano tan celebradas y aplaudidas por todo genero de gentes.»

Testimonio autorizadísimo es éste, ya que no fué desmentida esta afirmación por ningún coetáneo de Fray Juan Guerrero, el que, por otra parte, residente en la Merced sevillana en los mismos días en que fué tallada la Imagen, sin duda trató muy de cerca al insigne Escultor, y así no pudo padecer equivocación al asegurar rotundamente ser obra de Martínez Montañés la peregrina efigie que tanto encomia.

Nosotros creemos, sin embargo, que debe existir el documento que pruebe la verdad de nuestro aserto: no una, sino muchas veces oímos afirmar al docto y diligentísimo investigador del Archivo de Protocolos Hispalense, nuestro finado compañero en ambas Academias, Excmo. Sr. D. Adolfo Rodríguez Jurado, el que mejor que nadie pudo engolfarse en la interesante tarea de búsqueda de documentos, por ser hijo del Notario a cuya custodia por muchos años estuvieron confiados, que, sin género alguno de duda, era Jesús de la Pasión obra del escultor de Alcalá la Real; y en el libro: *Quien no vió Sevilla*, así lo afirma decididamente en un interesante estudio; Iquizás tuvo en sus manos el precioso documento, qui-

zás preparaba algún docto comentario sobre el mismo, y su inesperada muerte guardó el secreto del curioso e interesante hallazgo!

No tenemos, sin embargo, necesidad de testimonios escritos que muchas veces solos no resultan ciertos por incumplimiento de contrato o por sustitución de las efigies; nos basta el estudio de la maravillosa escultura y su comparación con otras obras documentadas del Maestro; esta es la más excelente prueba en crítica de arte; compárese en efecto la cabeza hermosísima del Nazareno de la Cofradía de Pasión con la del Patriarca San José que aparece en el hermoso relieve de la Adoración de los Pastores, en el retablo montañésino del monasterio de San Isidoro del Campo; no es posible encontrar mayor semejanza en la factura, mayor igualdad en la expresión; el relieve del retablo de Santiponce está tallado pocos años antes de la escultura del Nazareno y debió servirle de tipo a Montañés esta bellísima cabeza del Patriarca para la del Señor que contemplamos.

Tenemos, además, otra prueba de nuestra aseveración; en el retablo de San Juan Bautista, del convento sevillano de monjas agustinas de San Leandro, documentado como de Montañés, existe sobre la hornacina central un relieve de singular hermosura; en una bandeja aparece con admirable verismo, separada del tronco, la cabeza del Santo Precursor; comparadla con la de Jesús de la Pasión, y de tal manera son idénticas en sentimientos y en belleza, en técnica y modelado, que de manera indubitable dejan el convencimiento al que las estudia, de ser las dos obras de la misma mano y revelación del mismo genio artístico; estas dos hermosísimas cabezas, la del San José, de Santiponce, fechada en 1613, y la del Bautista del Convento de San Leandro, que por vez primera citamos en este estudio como tema de comparación, tallada en 1622, son el más concluyente argumento de la paternidad de Martínez Montañés sobre nuestro Jesús de la Pasión.

Punto es éste resuelto; la tradición constantemente, además por otra parte, y los críticos unánimemente, por otra, adjudicaron siempre a Martínez Montañés tan maravillosa escultura, pasmo de su mismo autor, que no se resolvía a creerla hechura de sus manos; así bellamente han sabido expresar los pinceles de Turina en ese interesante lienzo que guarda la Hermandad en su sala de Juntas, en el que se muestra a Montañés ya anciano, presenciando el desfile de la Cofradía y admirado de la belleza soberana de esta Imagen, obra la más perfecta de sus gubias creadoras.

¡Obra la más perfecta de Montañés! No vacilamos en afirmarlo así, ya que de manera eminente resplandecen en Jesús de la Pasión las cualidades que avaloran sus obras estimadísimas; puso el Maestro en sus esculturas esmerada corrección de dibujo, completo estudio de la anatomía, exacta proporción entre sus partes, distribución acertadísima de las masas, severa dignidad en el conjunto y exquisita finura y elegancia en la factura; pero sobre todo esto, que pudiéramos llamar el cuerpo de sus imágenes, puso lo que habla mucho más al espíritu del creyente que ante ellas se postra, lo que es como el alma de la escultura: aquella profunda religiosidad que las anima, aquella tierna piedad que las unge y embalsama, aquella altísima inspiración, en fin, que las eleva y sobrenaturaliza.

Recordad todo esto que acabamos de decir, aplicándolo a las bellas esculturas del Maestro que integran la exposición montañesina de nuestro Museo Provincial; mirad esas imágenes; ¡en todas ellas, superando a la perfección artística con que están realizadas, late y se percibe distintamente ese soplo divino de inspiración fecunda, revelador del espíritu de fe muy viva que alentaba en el alma del Artífice!

Cuán alto habla de esta inspiración soberana la bellísima cabeza del Santo mártir jesuita Diego Kisai, que procedente de la Casa Profesa de la Compañía, en Sevilla, con sus dos

compañeros de martirio, San Juan de Goto y San Pablo Miki, también del Maestro, forma parte de la interesante colección González Abreu, de nuestro Museo Provincial; todo es inspirado en esta hermosísima cabeza, que parece viva! los ojos, entristecidos, por la intensidad del sufrimiento; los labios entreabiertos, por los que vaga una dolorosa queja unida a una ferviente plegaria; la expresión, en suma, del rostro del esforzado Mártir, que habla al mismo tiempo de inefables dolores y de éxtasis amorosos y transportes subidísimos.

Alto, muy alto habla de la inspiración del Maestro Montañés aquella preciosísima Virgen Niña, del grupo de Santa Ana, del retablo mayor del convento de monjas Carmelitas Calzadas, de Sevilla; contemplad el ademán majestuoso con que eleva sus brazos, sosteniendo su libro; ¡cuán claramente se vislumbra en la tierna Niña a la Madre futura que en memorable día, magna sacerdotisa de la ley de gracia, elevará sus brazos, nuevo altar de incruento sacrificio, presentando al Padre celestial, hostia purísima, oblación agradable, el tierno cuerpo del Divino Infante, que años más tarde, en sacrificio cruento será inmolado sobre el árbol santo!

Inspiradas, entre todas sus obras, esa incomparable Inmaculada, de la Capilla de los Alabastros, de nuestra Santa Iglesia Mayor; realización perfecta de la maravillosa visión apocalíptica, esta Inmaculada es el signo magno que apareció en el Cielo, es la Mujer vestida del sol, con la luna por escabel de sus plantas, rodeada de doce estrellas su cabeza, es la escogida entre todas las mujeres, a quien no tocó el contagio de la culpa primera, la llena de bendiciones y de gracias, cual convenía a la Madre amorosa de Dios y de los hombres; ¡todo esto dice con la digna majestad de su apostura, con la mística unción de sus manos, bellísimas, unidas, con el pudor celestial de su rostro y el encanto indecible de sus ojos entreabiertos, esta Virgen Inmaculada, que parece hechura de ángeles, y es el más bello trasunto de la Soberana Señora que elevada

en cuerpo y alma al empíreo, asiste a la diestra de su Divino Hijo en áureo trono, revestida de los atributos de su poderío y realeza!

Pero entre todas estas imágenes, perfectas e inspiradas, descuella la más completa obra del Maestro, su obra cumbre, Jesús de la Pasión: no es preciso indicarnos sus perfecciones, ni intentaremos descubrir su sobrehumana belleza; ¡la fervorosa devoción con que la piedad sevillana le frecuenta, es el elogio más cumplido de la genial inspiración con que lo plasmará Martínez Montañés, su autor esclarecido!

Todo es perfecto, armónico, delicado, bellissimo, inspirado, en este insuperado e insuperable Jesús de la Pasión! hermosa, cual ninguna, su cabeza; dulce, suave el rostro, revelador de ternuras infinitas e inefables dolores; finas y elegantísimas sus manos, que, amorosas, estrechan el madero infamante; bellos sus pies, maravillosamente trabajados, en descanso el siniestro, sobre el que gravita toda la figura, mientras que el derecho, apoya tan sólo en tierra las puntas de los dedos, en ademán expresivo de caminar; prócer en la estatura, aunque marcha agobiado con el peso que sobre Él cargamos los pecadores; nobilísimo en su ademán y proporciones, y completo en modelado y talla, aun en la parte vestida, es, en fin, Jesús de la Pasión la más hermosa imagen existente, *el más hermoso entre los hijos de los hombres*, revelación maravillosa del abismo de amor y de dolores encerrados en la Pasión de Jesucristo, trasunto el más inspirado de la eterna belleza, majestad soberana e infinita dulzura del Verbo Divino revestido de carne por salvar a los hombres.

Sin vacilación lo afirmamos: no es solamente Jesús de la Pasión la más excelente obra de Martínez Montañés; es la más perfecta, genial e inspirada del arte cristiano; ni ha sido hecha, ni se hará otra efigie, que como ésta, junte de modo tan sublime, la mayor perfección y belleza artística, con la más alta y genial inspiración; lungido está Jesús de la Pasión

de tan hondo misticismo, suavidad inefable y celestiales atractivos, que ejerciendo misteriosa secreta dominación, subyuga y rinde a su amoroso vasallaje y servidumbre a todo el que contempla su dulcísimo rostro!

¡Fué un soplo del Cielo el que alentó a Martínez Montañés para que legase a esta Hermandad, a nuestra Sevilla, a España, a la Iglesia Santa, en suma, esta imagen bellísima, este Jesús de la Pasión, obra cumbre del arte cristiano!

Por eso cuantas veces, como en esta deliciosa tarde, contemplamos con amoroso recogimiento la peregrina hermosura de este dulcísimo Señor, *en el que ha sido derramada toda la gracia*, acuden a nuestra mente algunas estrofas de la vibrante poesía del Vate castellano, que parecen escritas para corona de la primera parte de nuestra meditación:

¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!

El amor, el imán de las almas,
Le acercó la visión del Cordero,
La visión del dulcísimo Mártir
Llevando su leño,
Con su frente de Dios, dolorida,
Con sus ojos de Dios, entreabiertos,
Con sus labios de Dios, amargados,
Con su boca de Dios sin aliento....
¡Isaac Divino
Que lleva el madero...!

Y el mago del arte,
El sublime elegido, entreabriendo
Los extáticos ojos, cargados
De penumbras de místico ensueño,
Tomó los cinceles
Sonámbulo, trémulo....
De rodillas cayeron los Ángeles,
Y en el aire solemne, cayeron
Todas las tristezas,
Todos los silencios....

¡Y el genio del arte
Se posó en el informe madero!

Con fuego en la frente,
Con fuego en el pecho,
Con miradas de Dios en los ojos,
Y en la mente arrebatos de genio,
Dirigiendo sus gubias un Ángel,
El artista tallaba el madero....
¡No eran golpes que copian, inertes!
Eran vivos dolientes tormentos,
Y amoroso silencio del Mártir,
Eran huellas de crimen de réprobos,
Eran voces justicia clamando,
Y suspiros, clemencia pidiendo....
¡Era el drama del mundo deicida
Y el grito del Cielo!

¡Y el sueño del hombre
Quedó en el madero...!

¡Lo amaba, lo amaba!
¡El amor es un ala del genio!

II

Su significación teológica

Una doble idea se propuso expresar en esta veneranda efigie su autor Martínez Montañés: primeramente, según lo requería la Hermandad que le hiciera el encargo, debía representar al Nazareno divino en el acto de llevar sobre sus hombros al Calvario el pesado madero, altar santo de su cuenta inmolación y sacrificio: *«et bajulans sibi crucem exivit in eum qui dicitur Calvariae locum ubi crucifixerunt eum.»*

¡Maravillosamente plasmó esta idea Montañés en este Señor que contemplamos! Lleno estaba de espíritu religioso el pueblo hispano en aquellos felices siglos XVI y XVII; saturado de ciencia teológica, pudo poner firme valladar a las repetidas instancias hechas por la pseudo-reforma para esparcir en nuestro suelo sus destructoras doctrinas; hasta las gentes de más humilde condición eran capaces de descubrir el error más encubierto en materia dogmática y sabían gustar los altos conceptos místicos entretejidos en los delicados versos de nuestros preciosísimos Autos Sacramentales; memorabilísimo es el caso ocurrido en esta Ciudad, en el Sagrario de nuestra Santa Iglesia Mayor: predicaba en función muy solemne el Canónigo Magistral Doctor Constantino de la Fuente, contagiado por su trato con heresiarcas, de la nefanda peste protestante; con sumo cuidado, muy artemente, deslizó algunas palabras que pugnaban con las afirmaciones del dogma de la real presencia de Nuestro Señor en el Augusto Sacramento del altar; apenas fueron con cautela pronunciadas, cuando oídas por un anciano del pueblo, hermano de la Sacramental, levantóse presuroso de su asiento e interrumpiendo al orador, exclamó: *«Vive Dios, que así no predicaban nuestros padres.»*

Delatado el Magistral al Santo Tribunal de la Inquisición, fué convicto y confeso de herejía, y preservada la Ciudad de su contagio; ¡tan lleno estaba el pueblo español en aquellos siglos gloriosos del espíritu de fe y de la más honda religiosidad!

En este próspero ambiente de piedad y de fe se formaron nuestros artistas; el discípulo del maestro granadino Pablo de Rojas, lleno de estos nobilísimos sentimientos, al recibir de la Hermandad de Pasión el encargo de modelar la imagen del Señor en el paso de conducir su Cruz hacia el Calvario, no sólo puso en su imaginación creadora el breve relato evangélico del hecho, sino que, con genial inspiración, miró como presente el vivísimo cuadro que el profeta Isaías trazara en su capítulo LIII, y que en la lectura de nuestros ascéticos y en los sermones de los grandes oradores, siempre escuchó aplicado al Nazareno santo, conduciendo su cruz al sacrificio.

Dice así el sublime Vidente, describiendo esta escena:

«Despreciado y desecho de los hombres, varón de dolores, que sabe bien lo que es el padecer; su rostro, cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos de él caso alguno.»

«En verdad él tomó sobre sí todos nuestros pecados y dolencias; cargó sobre sí todas nuestras iniquidades; por ello nosotros lo reputamos como hombre leproso, como herido por la mano de Dios, y humillado.»

«A causa de nuestras iniquidades fué llagado; despedazado por nuestras maldades; el castigo del que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados.»

«Hemos sido todos como ovejas descarriadas; cada uno se desvió de la senda del Señor, para correr por caminos torcidos; y a él solo le ha cargado el Señor las iniquidades de todos nosotros.»

«Se ofreció su sacrificio porque quiso; no abrió su boca para quejarse; conducido a la muerte sin resistencia, va como

oveja al matadero; y guardará silencio ante sus verdugos, como el corderito que permanece mudo delante del que lo esquila.»

Y es éste, en efecto, Jesús de la Pasión: «el Varón de dolores, que sabe bien lo que es el padecer; El que tomó sobre sí todos nuestros pecados y dolencias y cargó sobre sí todas nuestras iniquidades»; mirando a este Señor a la luz de esta revelación profética lo plasmó el genial Maestro y en su actitud resignada, y en su celestial dulzura y mansedumbre, diónos el más perfecto trasunto y cumplimiento de la inspirada visión de Isaías.

«Hemos sido nosotros como ovejas descarriadas; a Él solo cargó el Señor nuestras iniquidades; se ofreció en sacrificio porque quiso, y como cordero mudo, guardará silencio delante de sus verdugos.»

Mirad, una vez más, al doliente Señor, con ojos iluminados por vuestra fe y piedad; y al contemplarlo, amoroso, dulcísimo, estrechando el duro leño, nuestros pecados, puestos sobre sus hombros divinos por el Padre que lo escogió por víctima propiciatoria, conoceremos, tocados de gratitud profunda, que «marcha al sacrificio porque quiere» y que, como «Cordero inmolado desde el principio de los tiempos, guardará elocuentísimo silencio en la presencia de sus crueles verdugos y perseguidores.» ¡Señor de la Pasión, Isaac divino que lleváis silenciosa y regaladamente sobre vuestros lastimados hombros la leña que ha de servir para vuestro holocausto y sacrificio! ¡Revelación sublime de la infinita caridad del Dios-hombre, que amoroso se abraza en la cruz para morir en ella, redimiendo de sus crímenes a la humanidad pecadora!

En segundo lugar, Martínez Montañés, quiso también dar vida en esta maravillosa escultura a un inspirado pensamiento del ya citado Profeta: en su capítulo noveno comienza Isaías a describir a grandes rasgos la figura del futuro Mesías: «El lleva sobre sus hombros, dice el vidente, el principado o

la divisa de su realeza, y se le dará por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz; se sentará sobre el solio de David y poseerá su reino, haciendo que impere la equidad y la justicia, desde ahora y para siempre.»

Sí, no es solamente el Cordero mansísimo que marcha a ser inmolado, Jesús de la Pasión; es al par el Rey inmortal de los siglos que en la fimbria de su vestidura tiene escrito con imborrables caracteres: «Rey de reyes y Señor de los que dominan.»

Esta soberana realeza de Jesucristo, reconocida y aclamada en la Iglesia desde sus comienzos, y tan claramente vaticinada por el Profeta, tiene excelentísima representación en este Señor que lleva sobre sus hombros la divisa de su reinado: «Regnavit a ligno Deus,» y que al abrazarse con su cruz, por admirable paradoja reveladora de los profundos designios de Dios, trueca lo que es señal de oprobio y confusión, de debilidad y vergüenza, en instrumento de su victoria y triunfo, de su dominación y reinado amoroso sobre las gentes todas; por su cruz es llamado el Dios, Fuerte, Admirable, Consejero, el Príncipe de la Paz; ¡Jesús de la Pasión, enarbolando sobre sus hombros cual lábaro de victoria y enseña de predestinados la santa cruz, es el Rey vislumbrado en la profecía de Daniel: «¡Potestas ejus potestas æterna quæ non auferetur et regnum ejus quod non corrumpetur!» «¡Su potestad eterna, que no le podrá ser arrebatada y su reino que nunca acabará!»

¡Jesucristo es rey, y en la hora dolorosa de su pasión afirmó ante Pilato su reinado! ¡Tú lo dices, responde al Presidente, yo soy Rey! Tocado de veneración y rendimiento a esta majestad sublime del Rey del amor y del dolor, Martínez Montañés supo representarlo en esta imagen con los atributos propios de la realeza: corona, no riquísima de oro y pedrería como la usan los príncipes de la tierra, que hoy son

y mañana no parecen, sino cual convenía a su reino indestructible: de punzantes espinas; y cetro de poder, la santa cruz, dignificada y hermoçada con el contacto de su cuerpo sacratísimo y trocada de instrumento de muerte en árbol de la vida.

Profundamente lleno de estas ideas teológicas Martínez Montañés y movido por genial inspiración supo representar de manera acabadísima, insuperable, estos dos conceptos en la efigie ante la que nos congregamos: su amor y caridad sin límites, en la Pasión dolorosa; su eterno y personal Reinado sobre los individuos y las sociedades, coronado de espinas y abrazado a la Cruz.

Dos veces, cada año, parece que más patentemente se manifiestan estas ideas expresadas por el Autor en la sublime efigie: la primera, esto es el amor y la entrega del Señor en la Pasión, cuando atadas las manos, sin corona, es conducido en tierna, conmovedora procesión hasta sus andas en la tarde del Lunes de la Semana Mayor: ¡es el manso Cordero que sin decir palabra, se deja conducir al sacrificio! ¡Descargó sobre Él el castigo del que debía nacer nuestra paz, y por sus cardenales fuimos nosotros curados!

La otra ocasión, en la que se muestra su realeza, es en la tarde perfumada del Jueves Santo, cuando al declinar el día, y elevándose en su artístico *paso*, comienza a descender desde su templo a la anchurosa plaza, rodeado de inmensa muchedumbre silenciosa, subyugada y rendida por los secretos, misteriosos atractivos de su amorosa dominación; ¡diríase que como en la hora santa de su sacrificio, otra vez marcha el dulcísimo Señor hacia el Calvario y mostrando a los hombres la cruz redentora, señal de su reinado sempiterno, invita a todos amorosamente, con voces quedas, que descienden al fondo de las almas: «Si alguno quiere venir en pos de mí... tome su cruz y sígame!» ¡Pasión y reinado! ¡Ignominias y glorias! ¡Humillaciones y triunfos! Conceptos antitéticos, que con ge-

nial inspiración supo plasmar Juan Martínez Montañés en esta devotísima escultura de Jesús de la Pasión, obra la más perfecta y acabada del arte cristiano.

Ha perpetuado la poesía en vibrantes estrofas estos dos altísimos conceptos teológicos expresado en la maravillosa Imagen; hízolo, movido por la tierna devoción que le profesara, el llorado Lectoral de la Santa Iglesia Catedral, M. I. Sr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón, nuestro maestro admirado y querido; tuyas son, en efecto las coplas que henchidas de bellezas poéticas y escripturísticas, con música del compositor sevillano Turina, son cantadas todos los años en la solemne novena del Señor, las que como final de esta meditación recitaremos, para que su grandeza y hermosura sirvan de cántico de alabanza «Al más hermoso entre los hijos de los hombres, que nos amó y se entregó a la muerte por nosotros, Rey inmortal de los siglos, que lleva sobre sus hombros el soberano atributo de su imperio.»

Salid a la muralla
Doncellas de Sión:
Salid a ver el triunfo
Del nuevo Salomón,
Hermoso en sus dolores,
Divino en la irrisión,
Su Cruz es su reinado,
Su gloria es su pasión.

Y la culpa al hacerlo su víctima
Quedará con su sangre borrada
Y la muerte verá horrorizada
Que, al herirle, a sí propio se hirió.

¡Prosigue tu camino
Doliente Salomón!
¡Salid a ver su triunfo
Doncellas de Sión!

Va a luchar con la muerte en el Gólgota,
Cuerpo a cuerpo, cual lucha el atleta:
Siglos há que en su mente el Profeta
Cual gusano y no hombre lo vió.

Marcha, marcha al Calvario, Dios
(fuerte

Ya que el hombre tu sangre pidió;
Marcha, marcha a dar muerte a la
(muerte)

Mas no importa que exangüe y agónico
Lento vaya al horrible martirio
Encorvado cual cándido lirio
Que la furia del viento tronchó.

Pues a lucha mortal te retó.

No, no importa; indomable su espíritu,
Ni el dolor ni el ludibrio lo abate,
Triunfará en el sangriento combate,
Que el Dios fuerte jamás se rindió.

¡Hermoso en tus dolores!
¡Divino en la irrisión!
¡Tu Cruz es tu reinado!
¡Tu gloria es tu Pasión!